

LEER LOLITA EN TEHERAN, de Azar Nafisi
Tercera parte: JAMES (cap. 5)

El Gobierno no tardó mucho en aprobar nuevas normas para restringir el atuendo de las mujeres en público y obligarnos a llevar el chador, o un manto largo, y el pañuelo. La experiencia había demostrado que la única forma de que estas normas fueran acatadas era imponerlas por la fuerza. Debido a la abrumadora protesta de las mujeres contra las leyes, el Gobierno impuso primero la nueva norma en los lugares de trabajo y después en las tiendas, donde se prohibió hacer transacciones con mujeres sin velo. La desobediencia se castigaba de varias formas, desde sanciones económicas hasta setenta y seis latigazos y penas de cárcel. Más tarde, el Gobierno creó las famosas escuadras de la moralidad: grupos armados de personas de ambos sexos, que patrullaban las calles en un en un Toyota blanco para garantizar el cumplimiento de las leyes.

Cuando ahora trato de ordenar los sucesos inconexos e incoherentes de aquel período advierto que mi creciente sensación de estar cayendo en un abismo o vacío estuvo acompañada por dos sucesos trascendentales que ocurrieron a la vez: la guerra y la pérdida de mi trabajo docente. No me había dado cuenta de hasta qué punto la rutina de la vida crea una ilusión de estabilidad. Dado que ya no podía llamarme profesora ni escritora, dado que ya no podía vestirme como me vestiría habitualmente, ni pasear por la calle al ritmo de mi propio cuerpo, ni gritar si quería, ni dar palmaditas en la espalda a un colega masculino en un arrebato, dado que ahora todo era ilegal, me sentía ligera y como de ficción, como si anduviera por el aire, como si hubieran escrito mi ser y lo hubieran tachado de un plumazo.

Esta nueva sensación de irrealidad me llevó a inventar nuevos juegos, juegos que hoy llamaría de supervivencia. Mi constante obsesión por el veto me había hecho comprar un manto negro muy ancho que me cubría hasta los tobillos y tenía mangas de quimono, anchas y largas. Había adoptado la costumbre de meter las manos en las mangas y hacer como si fuera manca. Poco a poco, cuando me ponía el manto, hacía como si todo mi cuerpo desapareciera; los brazos, el pecho, el estómago y las piernas se disolvían y desaparecían, y solo quedaba un trozo de tela con la forma de mi cuerpo que se movía de un lado para otro, guiado por una fuerza invisible.

Situé el principio de este juego en el día que fui al Ministerio de Enseñanza Superior con una amiga que quería que le convalidaran el título. Nos registraron de arriba abajo; entre las distintas agresiones sexuales que he sufrido en mi vida, aquella fue de las peores. La guardia me dijo que levantara las manos, «más, más», dijo, y empezó a registrarme meticulosamente, sin olvidar ni una sola parte de mi cuerpo. Se quejó al ver que no llevaba nada debajo del manto. Le respondí que lo que llevara debajo no era asunto suyo. La mujer cogió un pañuelo de papel y me dijo que me frotara las mejillas para quitarme la porquería que llevaba. Le dije que no llevaba ninguna porquería. Entonces cogió el pañuelo y me frotó las mejillas con él y, como no consiguió el resultado apetecido, porque tal y como le había dicho no llevaba maquillaje, frotó con más fuerza, hasta que creí que iba a arrancarme la piel.

Me ardía la cara y me sentía sucia, como si todo mi cuerpo fuera una camiseta sudada y pringosa que tenía que quitarme. Fue entonces cuando se me ocurrió la idea del juego: decidí volverme invisible. Las burdas manos de la mujer eran rayos X que dejaban la superficie intacta y hacían el interior invisible. Cuando terminé de examinarme, me había vuelto tan ligera como el viento, un ser sin carne ni huesos. El truco mágico era que, para permanecer invisible, no tenía que entrar en contacto con otras superficies duras, sobre todo con seres humanos: mi invisibilidad era directamente proporcional a

lo inadvertida que pudiera pasar ante el resto de la gente. Claro que, de vez en cuando, tenía que recuperar alguna parte de mí, como cuando quería desafiar a alguna autoridad obstruccionista; entonces enseñaba unos mechones de pelo y hacía reaparecer mis ojos, para mirarla de forma desagradable.

A veces, casi inconscientemente, escondía las manos en las mangas y me palpaba las piernas, o el estomago. «¿Existen? ¿Existo yo? ¿Este estomago, esta pierna, estas manos?» Por desgracia, los guardias revolucionarios y los guardianes de nuestra moralidad no veían el mundo con los mismos ojos que yo. Veían manos, caras y pintalabios rosa; veían mechones de cabellos y calcetines prohibidos donde yo veía un ser etéreo que recorría la calle en silencio.

Fue entonces cuando empecé a decir, para mi interior y en voz alta, que la gente como yo se había vuelto irrelevante. Este trastorno patológico no me había afectado solo a mí; muchos otros sentían que habían perdido su lugar en el mundo. Escribí, un poco melodramáticamente, a un amigo norteamericano: : “¿Me preguntas qué significa ser irrelevante? La sensación es parecida a visitar tu antigua casa como un fantasma errante con una asignatura pendiente. Imagina lo que encuentras: la estructura es familiar, pero la puerta es de metal en lugar de ser de madera, las paredes se han pintado de rosa chillón, el cómodo sillón que tanto amabas ya no está. Tu despacho es ahora el salón familiar y tus queridas estanterías de libros han sido reemplazadas por un televisor nuevo. Es tu casa y no lo es. Y ya no eres relevante para esta casa, ni para sus paredes, sus puertas y sus suelos; nadie te ve».

¿Qué hacen las personas que se han vuelto irrelevantes? A veces escapan, quiero decir físicamente, y si eso no es posible, intentarán adaptarse, convertirse en parte del juego asimilando las características de sus conquistadores. O escapan hacia dentro y, como Claire en *El americano*, convertirán su rincón en un santuario: la parte esencial de su vida transcurre bajo tierra. La tentación mas fuerte que sentía entonces era esconderme bajo tierra.

Mi creciente irrelevancia, el vacío que sentía dentro de mí, hacia que me resintiera de la paz y felicidad de mi marido, de su aparente indiferencia ante lo que, como mujer y académica estaba soportando yo. Al mismo tiempo, dependía de él y de la sensación de seguridad que nos daba a todos. Mientras todo se derrumbaba a nuestro alrededor, él seguía ocupándose con calma de sus asuntos y trataba de llevar una vida normal y tranquila. Dado que era persona muy reservada, concentró sus energías en salvaguardar su vida privada en casa, con la familia y los amigos, y en el trabajo. Era socio de un gabinete de arquitectos e ingenieros. Quería mucho a sus socios, que, como él, ponían su alma en el trabajo. Como éste no estaba directamente relacionado con la cultura ni con la política, y el gabinete era privado, gozaban de una relativa paz. Ser un buen Arquitecto o un abnegado ingeniero civil no era una amenaza para el régimen, y Bijan estaba emocionado con los grandes proyectos que les habían encargado: un parque en Ispahán, una fábrica en Borujerd, una Universidad en Ghazvin. Se sentía creativo y querido y, en el mejor sentido de la palabra, creía que estaba prestando un servicio a su país. Pensaba que teníamos que servir a nuestro país, independientemente de quien lo gobernara. Mi problema era que yo ya no sabía lo que significaban palabras como “casa”, “servicio” y “país”.

Volví a la infancia, a la época en que elegía libros al azar, me acomodaba en el primer rincón que encontraba y leía uno tras otro. Leía *Asesinato en el Orient Express*, *Sentido y Sensibilidad*, *El maestro* y *Margarita*, *Herzog*, *La Dádiva*, *El conde de Montecristo*, *El agente de Smiley...* cualquier libro que cayera en mis manos, de la biblioteca de mi padre, de las librerías de ocasión, de las librerías que todavía no habían sido saqueadas,

de casas de amigos; y los leía todos; como una alcohólica ahogando sus inexpresables sufrimientos.

Si volví a concentrarme en los libros fue porque eran el único reducto que conocía, un reducto que necesitaba para sobrevivir, para proteger algún aspecto de mi vida que ahora estaba en constante retirada. El otro refugio, lo que contribuía a restaurar en mi vida la sensación de cordura y relevancia, era de una naturaleza más íntima y personal. El 23 de abril de 1982 nació mi sobrina Sanam, en un parto prematuro. Desde el momento en que la vi, pequeña y acurrucada en una máquina que la mantenía viva, sentí un vínculo, una sensación de calor, y supe que la niña era un buen presagio para mí y para mi vida. El 26 de enero de 1984 nació mi hija Negar y el 15 de septiembre de 1985 mi hijo Dara. He de ser exacta en el día, el mes y el año de nacimiento, detalles que centellean y engañan cada vez que pienso en sus benditos nacimientos, y no tengo ningún remordimiento en ponerme sentimental al hablar de su llegada a este mundo. Esta bendición, como otras, trajo efectos encontrados. Por una parte, me volví mas ansiosa. Hasta entonces me había preocupado por la seguridad de mis padres, mi marido, mi hermano y mis amistades, pero la preocupación por mis hijos sobrepasaba todas las demás. Cuando nació mi hija, sentí que me habían hecho un regalo, un regalo que de forma misteriosa preservó mi cordura. Y lo mismo pasó con el nacimiento de mi hijo. Fue una fuente constante de sufrimiento y dolor para mí que los recuerdos hogareños de su infancia, al contrario que los míos, estuvieran tan deshonorados. Mi hija Negar se ruboriza cada vez que le digo que su obstinación, su apasionada defensa de lo que considera justo, procede de las muchas novelas del siglo XIX que leyó su madre cuando estaba embarazada. Negar tiene una forma característica de doblar la cabeza a la derecha y hacia atrás, y de fruncir los labios para desafiar a cualquier autoridad contra la que esté protestando en ese momento. Le llamo la atención y quiere saber por qué digo esas tonterías. Bueno, ¿no dicen que lo que come una madre durante el embarazo, así como su estado de ánimo y sus emociones, influyen en la criatura? «Cuando estaba embarazada de ti, leí mucho a Jane Austen, y me atraqué de las hermanas Brönte, George Eliot y Henry James. Recuerda cuáles son tus novelas favoritas de siempre: *Orgullo y prejuicio* y *Cumbres borrascosas*. Pero tú —añadí con regocijo—, tu eres pura Daisy Miller." «No sé quien es esa Daisy o Maizie o lo que hayas dicho —me dice frunciendo los labios—, y estoy segura de que James no me va a gustar.» Sin embargo, es como Daisy, una mezcla de vulnerabilidad y valentía que explica esos gestos de desafío y su manera de echar la cabeza atrás, en la que me fijé por primera vez cuando apenas tenía cuatro años, en la sala de espera de un dentista, nada menos. Y cuando Dara pregunta en broma: «¿Y yo qué? ¿Qué hacías cuando estabas embarazada de mí? ». Le digo, sólo para ir contra mi propia lógica: «Al final fuiste todo lo que imaginé que no serías». Y en el momento en que digo esto, empiezo a creerlo. Incluso estando en el útero, se encargó de demostrar que todos mis angustiantes temores eran infundados. Mientras estaba embarazada de él, Teherán era objeto de continuos bombardeos y yo me había vuelto una histérica. Se hablaba de mujeres embarazadas que habían dado a luz a niños anormales, que los nervios de las madres habían afectado al feto de manera irremediable, y yo imaginaba que el mío sería víctima de todas mis angustias, eso suponiendo que todos estuviéramos vivos para ver el nacimiento de la criatura. ¿Cómo podía saber que en lugar de protegerle yo, iba a venir al mundo para protegerme él a mí?